

HOMILÍA MISA CRISMAL Martes Santo, 26 de Marzo de 2013

Mis queridos Sacerdotes y Seminaristas, del Seminario Mayor y del Menor; queridos Consagrados y Laicos, muy queridos Hermanos y Amigos todos. Con nosotros está, por el afecto del corazón y la unidad en el Espíritu del Señor, nuestro Hermano Ramón, nuestro Obispo, que acompañó a esta Iglesia de Canarias durante tantos años, y que esta misma mañana ofrecía la Eucaristía por todos nosotros.

A la Iglesia Diocesana, como a la Iglesia universal, se le ha roto la rutina. El Buen Pastor de la Iglesia, el Señor Resucitado, el que sigue estando en ella, para guiarla y fortalecerla, nos ha sorprendido a todos. Y no deja, y creo que no dejará de sorprendernos. Hemos vivido y estamos viviendo momentos realmente singulares. Desde finales del s. XIII, y por esta única vez, no se había producido la renuncia de un Sumo Pontífice. Por primera vez en la historia los Cardenales han ido a buscar un Obispo para la Iglesia de Roma casi al fin del mundo, y lo han encontrado en Hispanoamérica, en Argentina.

Hemos escuchado a Benedicto XVI decir a la Iglesia toda **con profunda humildad**: *ya no tengo fuerzas*; y **con profunda fe**: *Me sostiene y me ilumina la certeza de que la Iglesia es de Cristo, que no dejará de guiarla y cuidarla.* (Audiencia 13 de Febrero). Y le hemos oído confesarnos su fe al leer los años que ha vivido como Sumo Pontífice: *un trecho del camino de la Iglesia que ha tenido momentos de alegría y de luz, pero también momentos no fáciles; me he sentido como San Pedro con los Apóstoles en la barca en el lago de Galilea: el Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa ligera, días en los que la pesca ha sido abundante; pero también ha habido momentos en los que las aguas estaban agitadas, el viento era contrario —como a lo largo de toda la historia de la Iglesia— y el Señor parecía dormir. Pero siempre he sabido que en esa barca está el Señor, y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino suya.* (Audiencia 27 de Febrero)

Y hemos escuchado al Santo Padre Francisco. Quisiera referirme a su homilía no escrita a los Cardenales al día siguiente de su elección. Resumía sus breves palabras en tres verbos, que coincidían en un mensaje de movimiento: ***caminar, edificar, confesar***. Pero a los tres verbos añadía una pequeña expresión, coincidente en el fondo: *caminar, irreprehensibles, en presencia del Señor; edificar sobre la piedra angular, que es el mismo Señor; confesar a Jesucristo, y éste con cruz. Cuando no se viven de esta manera, Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos **mundanos**, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor*

Aludía así a un tema, el de la **mundanidad espiritual**, que había repetido en sus últimos años como Cardenal de Buenos Aires. Lo utilizaba citando a Henri de Lubac, en su obra *Meditación sobre la Iglesia*, y lo veía como especial tentación para los ministros ordenados. Pido perdón por la longitud de la cita, y por tratarse de un escrito del Papa Francisco anterior a su elección, pero creo que recoge muy bien su pensamiento ante los Cardenales, y, como es fácil advertir, se puede aplicar a todos los ministros ordenados, e incluso en circunstancias como las que ahora estamos celebrando nosotros hoy:

*Queremos que nuestro Ministerio episcopal esté conducido por la unción del Espíritu Santo y esto lo pedimos unos por otros, de modo especial en esta Eucaristía. Jesús llama al Espíritu Santo “Espíritu de Verdad”; su presencia en nuestro corazón disipa la tiniebla de la mentira y la nebulosa de esas pseudoverdades, verdades a mitad de camino, expresiones de cumplimiento (cumplimiento y mentira), expresiones de compromiso con el mundo, que “no lo puede recibir (al Espíritu Santo), porque no lo ve ni lo conoce” (Jn. 14: 17); expresiones generadas en el espíritu de **mundanidad espiritual**, “el mayor peligro, la tentación más perversa, la que siempre renace -insidiosamente- cuando todas las demás han sido vencidas y cobra nuevo vigor con estas mismas victorias... La mundanidad espiritual no es otra cosa que una actitud antropocéntrica... un humanismo sutil enemigo del Dios Viviente –y, en secreto, no menos enemigo del hombre– que puede instalarse en nosotros por mil subterfugios...”. (cfr. De Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Desclée, Pamplona 2ª ed. pg. 367-368).*

Cuando un sacerdote negocia con esta actitud deja de ser pastor de pueblo para convertirse en clérigo de estado, en funcionario. El Espíritu Santo nos sitúa más allá y nos rescata de este espíritu del mundo, del espíritu de ese “mundo” del cual es más peligroso ser amigo que enemigo. Nos libera de esta trampa que tiende a mundanizar nuestro Ministerio. Él desde dentro nuestro, nos conduce y nos impulsa en dos direcciones diferentes: una hacia dentro pues nos introduce en el Misterio y otra hacia afuera que nos da la fuerza del testimonio.¹

Hermosa manera de describir la acción del Espíritu que obra en nosotros hoy: alejándonos de esa mundanidad espiritual, nos impulsa hacia adentro, introduciéndonos en el Misterio, y con el mismo impulso nos lanza hacia afuera, hacia la misión y el testimonio. El anuncio del Evangelio de Lucas que hoy hemos acogido nos presenta el inicio del ministerio público de Jesús en la sinagoga de Nazaret, y nos invita a entrar agradecidos en esa dinámica del Espíritu, que actuó en Jesús, y actúa hoy y ahora en nosotros.

Por muchas veces que hayamos escuchado y acogido este texto, volvamos una y otra vez a hacerle sitio en nuestro corazón creyente. Déjenme que subraye algunas notas del contexto, algún detalle del mismo acontecimiento. Son cosas archisabidas, pero que conviene repasar.

Lo que precede inmediatamente a esta visita de Jesús a la sinagoga de Nazaret es el Bautismo y las tentaciones del desierto. En el Jordán el Espíritu ha bajado sobre Jesús y la voz del Padre lo ha señalado como el amado. *Lleno del Espíritu* -subraya Lucas- *volvió del Jordán, y el Espíritu* -insiste el Evangelista- *lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto*. En el Jordán se ha manifestado el **Misterio** que llena a Jesús desde el momento de su concepción, por obra del Espíritu Santo. En el desierto se ha manifestado que la **Misión** que ha llegado el momento de cumplir, y que Jesús asume con total decisión, va a estar constantemente amenazada por las pretensiones de una tarea mundanizada, sin contradicción, de una victoria mundana, sin cruz.

Y es la fuerza del mismo Espíritu la que le lleva a Galilea desde el desierto. *“Y su fama se extendió por toda la comarca, enseñaba en las sinagogas y todos lo alababan”*. ¡Qué pronto empieza el mundo a lanzar sus halagos engañosos! Y fue a Nazaret y leyó el texto de Isaías sobre el Espíritu, y señaló que el viejo profeta hablaba

¹ Card. Jorge M. Bergoglio, Homilía 8 de Mayo de 2009.

de él, que la antigua profecía se estaba cumpliendo. Y la primera reacción fue más de lo mismo: alabanza, admiración y aprobación por sus palabras de gracia.

Pero enseguida empezaron las preguntas, y los reproches. ¿Cómo puede estar el Espíritu actuando en alguien tan tremendamente ordinario como el hijo de José el carpintero? ¿De dónde estas pretensiones si se crió aquí entre nosotros? Tenía la costumbre de asistir a la sinagoga y lo hemos oído con frecuencia leer los rollos de la Escritura. Creen tener controlado y conocido todo lo relativo a Jesús. La rutina y la costumbre cierran el corazón para advertir la presencia de la novedad del Espíritu, y la capacidad de su fuerza. Y se enfurecieron hasta el punto de empujarle hasta el precipicio con intención de despeñarlo.

Mis queridos hermanos todos: ¿podrá el Espíritu ungirnos y marcarnos con su fuerza de manera que, viviendo el Misterio en profundidad, salgamos decididos a la Misión, anunciando la Buena Noticia? ¿Es posible esperar la primavera? En la fuerza del Espíritu es legítimo y lógico tener esperanza. *Nunca os dejéis vencer por el desánimo* -nos decía anteayer el Papa Francisco-... *Nosotros acompañamos, seguimos a Jesús, pero sobre todo sabemos que él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que hemos de llevar en este mundo nuestro. Y, por favor, no os dejéis robar la esperanza, no dejéis robar la esperanza. Esa que nos da Jesús.*

A nosotros Sacerdotes, la Iglesia nos invita a renovar hoy las promesas de nuestra ordenación. Nos pregunta si queremos unirnos fuertemente a Cristo, configurararnos con él, amar a la gente con un corazón indiviso, que comprende y ama el celibato, vivir el ministerio de la Eucaristía y los demás sacramentos, dedicarnos con pasión al anuncio del Evangelio, siguiendo a Cristo sin buscar ni el triunfo ni el dinero. Volver a decir: sí, quiero, a las preguntas de la Iglesia, significa creer en la fuerza del Espíritu. Ustedes, hermanos Sacerdotes y yo, tenemos mil motivos para responder con fidelidad exterior en las palabras, pero con un corazón desencantado. Son los motivos que nacen de nuestra debilidad y nuestra condición pecadora. Y la rutina y la costumbre de los habitantes de Nazaret también pueden pesar en nuestro corazón. 'Todo seguirá igual. No tenemos remedio'. Pero Dios es más grande y más poderoso. Él manifiesta su poder con el poder y la misericordia. Él hace nuevas todas las cosas.

En el camino de Nazaret a Jerusalén, los discípulos en torno a Jesús hicieron más de pantalla que de atractivo hacia el Maestro. Y hasta el último minuto, e incluso los más cercanos a Jesús, no supieron más que discutir de primacías y presumir de fidelidades huecas. Pedro siguió a Jesús... pero de lejos. Y se situó más lejos todavía con su triple negación. Y sintió la mirada del Maestro, y lloró amargamente.

Sin embargo, con la llegada del Espíritu, fue el que abrió de par en par las puertas del Cenáculo, y el que abrió la puerta del corazón y de su casa en Jafa para salir al encuentro de Cornelio, el piadoso centurión romano de Cesarea. Fue el Espíritu quien le dijo: *tres hombres te están buscando, ponte en camino con ellos sin dudar, pues yo los he enviado* (Hechos 10, 19-20). Y Pedro siguió a Jesús de cerca, muy de cerca, hasta la cruz en Roma. Caminemos en el Espíritu, edifiquemos el templo del Espíritu que es la Iglesia, confesemos al Ungido por el Espíritu, Jesús, el Cristo con la Cruz.

Con memoria agradecida y plegaria confiada, repasamos en nuestro corazón los nombres y las vidas de los hermanos que caminaron con nosotros. Algunos han muerto, otros viven entre nosotros. De todos sentimos el vínculo que el Espíritu creó para siempre con su unción.

Hermanos queridos, perdonadme y rezad también por mí, que también a veces siento que no tengo remedio; pero quiero poner mi confianza en el Espíritu que nos introduce en el Misterio y nos lanza a la periferia, a la Misión.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

✠ Francisco, Obispo de Canarias